

colección rúbrica



JAVIER MANSO



LOS RELIEVES OCULTOS

esstudio
ediciones

Martes, 10

Todos los vuelos parecen el mismo vuelo. Apenas nos habíamos elevado unos metros de la pista y ya me encontraba boqueando entre las paredes redondeadas del avión, como si me faltase el aire. Hoy siento también unos fuertes pinchazos en las piernas y en la espalda que me están haciendo el viaje aún más desagradable. Es lo mismo que me ocurre algunas tardes, cuando además me sube la fiebre sin motivo aparente. Es verdad que no me pasa todos los días, y que se trata únicamente de algunas décimas, pero me dejan para el arrastre. En esos momentos solo me apetece arrojarme con mi vieja mantita de cuadros y pasar un par de horas tirado en el sofá, hasta que se me pasa. Dice Matilde que eso no puede ser bueno, que si debería bajar al médico, que si tengo que hacérmelo mirar, que habría que investigar el origen del problema y hacer algo, y no dejarlo pasar. Yo no me lo creo, o más bien no me lo quiero creer. Le digo que exagera, que lo único que necesito es vivir un poco más tranquilo, y acabo gritándole que me deje en paz.

Intento relajarme. Respiro hondo. Me retuerzo incómodo, empotrado en un asiento ridículamente estrecho. Estoy nervioso y un poco agitado. Anhele ese instante de tregua que no he podido disfrutar desde la llamada de la japonesita. Hago por dormirme, mecido por el calor de la calefacción, el suave movimiento del avión en pleno vuelo y el sordo zumbido de los motores. Poco a poco consigo sumergirme en un estado de duermevela, mientras me asaltan a golpes recuerdos bruscos de mi hermano Santiago. No me lo puedo quitar de la cabeza. Me lo imagino solo, en medio del mar, pidiendo auxilio, tragando agua salada entre olas gigantescas, con

los ojos desorbitados. Empiezo a sudar, buceando entre recuerdos. Casi puedo tocar su mano húmeda y fría emergiendo de entre las aguas, una mano que me agarra del hombro izquierdo, que tira de mi con desesperación, que busca mi mirada. Pero el agua revuelta se lo impide. La espuma nos ciega a ambos, y entonces siento cómo se me escurre entre los dedos, aunque él vuelve a sujetarse a mis hombros. Se suelta y reaparece una y otra vez, en cada ocasión con más energía, con violencia. Yo quiero atraparlo, abrazarlo, retenerlo conmigo, pero no puedo. No puedo.

Abro los ojos y me encuentro a la azafata inclinada sobre mí. Está zarandeando con suavidad mi brazo. Intenta despertarme.

—Disculpe, señor, vamos a entrar en una zona de turbulencias. Por favor, abroche su cinturón y ponga su asiento en posición vertical —me suelta en un tono entre mecánico y falsamente amable.

En esos momentos la odio, pero me esfuerzo para que no se note en mi forma de mirarla.

—Perdón —le respondo resignado, forzando una sonrisa más falsa que Judas.

Obedezco a regañadientes. Me inclino para recuperar el periódico manoseado que guardo en el escueto compartimento del asiento delantero. Lo abro y lo hojeo distraídamente para intentar olvidarme de los pinchazos en la zona lumbar. Luego observo lo que ocurre al otro lado de la ventanilla. Solo acierto a contemplar el típico mar de nubes. A mi izquierda parlotea una pareja de mediana edad que ocupa los asientos contiguos. Hace un instante dormitaban despreocupados, pero también les ha despertado el ogro-azafata. Apenas han hablado nada entre ellos desde que subieron al avión en Atenas. Me parece que son griegos, por la jerga ininteligible en la que los he escuchado chapurrear. Quizás vuelven a su casa después de unos días de visita turística por otros países de Europa. ¡Qué sé yo!

Me recuesto a duras penas en la estrecha butaca. Observo sin mucho interés el monitor que parpadea frente a mí. Un sencillo mapa indica la ruta que va siguiendo el avión. Ya queda poco para llegar. Súbitamente regresa a mi cabeza la imagen de Santiago. No sé si me encuentro más preocupado o cabreado. ¡Menuda sorpresa! Mi hermano mayor siempre se las había sabido apañar él solito. Hace semanas que no sé nada de él; pero esto es lo habitual, lo de siempre. No me causa ninguna sorpresa. El señorito independiente, el que no necesita de mí, ni de nadie. Santi, el sociable, el que se lleva bien con todo el mundo, el que se sabe buscar la vida en cualquier circunstancia. Esa es su jodida forma de ser.

Le quiero. Y mucho. ¿Cómo no voy a quererlo, si es mi hermano? Pero toda mi vida me ha fastidiado su individualismo, y él es consciente de ello. Esa personalidad tan despegada, como si no tuviera una familia o no le gustara la que tiene... Es verdad que siempre ha estado ahí cuando me ha hecho falta, pero al final creo que yo me he preocupado más por él que lo contrario. O eso me ha parecido. Y también por mamá. El Santi de siempre, distraído, a sus cosas, sin preguntar jamás sobre cómo me va en esto o en aquello. El único día en que le noté cierto interés fue cuando le comenté que tenía decidido ingresar en la academia de Policía.

—¡No jodas, será una broma! —me dijo—. ¿No había otra profesión que elegir, hermanito?

¿Qué profesión, si no? Estaba predestinado. Toda mi juventud ejerciendo de su *guardián* improvisado; era evidente que acabaría siendo policía o algo similar. En el fondo sé que lo entendió y que se alegró por mí. Yo también le comprendo. Lo de su forma de ser y todas esas mierdas. Aunque me queje. Menos lo de la vieja. Eso no. No me cabe en la cabeza que lleve tantos años casi sin dirigirle la palabra. ¡Que es su madre, coño!

Desde que se ha ido a vivir a Creta a primeros de año apenas hemos hablado. No sabría definir qué es, pero en nuestras últimas conversaciones me ha sorprendido algo que no me cuadraba, como un tono distinto en su voz. Conozco bien a mi hermano. Me pareció que una pieza no se encontraba en su sitio, chirriaba, como cuando escuchas el motor de tu coche al arrancarlo y notas un ruido diferente, extraño, alarmante. Parecía feliz; pero quizás demasiado, o de forma un poco falsa, forzada. No me gustó. Creo que estaba pasando algo raro, y no suelo equivocarme con Santi. Sin que nadie le preguntase me dio una charla sobre todo lo que estaba disfrutando de las cosas que más le gustaba hacer. Que si navegaba en solitario, disfrutando de la brisa y el silencio del mar, que si la compañía de su chica, que si el contacto con la gente humilde, que si el estudio del ARTE (así, en mayúsculas) desde su fuente, desde su misma cuna, que si estaba cada vez más absorbido en sus investigaciones... Ese era el motivo por el que se había ido a aquella lejana isla, perdida en medio del Mediterráneo: para estudiar a fondo los orígenes en la pintura de El Greco. Al menos, eso fue lo que me dijo el día antes de su partida.

Es lo suyo. Todo un señor catedrático de Historia del Arte en la Complutense y, además, uno de los mejores especialistas del mundo en este pintor. Puede que el mejor de todos. La Universidad le ha concedido una beca de un par de años para que se desplace hasta Creta, el lugar de nacimiento del famoso Doménico Theotokopoulos, y avanzar allí en sus investigaciones sobre la obra pictórica inicial del genio. También le han permitido que le acompañe Reiko Yagami, una de sus profesoras ayudantes, una chica japonesa inteligente y guapa que, como era de esperar, hace tiempo convirtió en su nueva amante. Hará poco más un mes desde que tuvimos esa última conversación de solo unos minutos por *Skype*. Santi iba como un poco acelerado. Parecía muy excitado, confuso.

No me dejó ni meter baza. Me terminó contando que había descubierto cosas increíbles, que estaba resultando ser la mejor experiencia de su vida, que no se podía disfrutar más de lo que él lo estaba haciendo...

Y ahora, esto. ¿Qué demonios le ha pasado?

Ayer recibí la llamada de Reiko. Me pilló fuera de juego. No parecía demasiado afectada, pero le costaba hablar. Entre extraños silencios pudo explicarme que Santi había salido a navegar en solitario el día anterior, como solía hacer dos o tres veces por semana, pero que en esta ocasión no había regresado. Lo esperó toda la tarde, sin saber nada de él. Al anochecer llamó a algunos conocidos que ambos tienen en la isla, gente influyente. En cuanto estos movieron unos cuantos hilos con la *poli* de allí se organizó una acción de búsqueda para dar con su paradero, pero sin ningún resultado hasta ese momento. Santi ha desaparecido.

Cuando me entró la llamada al móvil estaba haciendo un pequeño descanso, tomando un café en el bar que hay frente a la jefatura. Me quedé bloqueado. Nadie está preparado para enterarse de una noticia como esa. Intenté aparentar calma. Le dije a la muchacha que no se preocupara, que seguro que había una explicación, que mi hermano sabe cuidarse; pero que tomaría el primer avión y estaría allí en Creta lo antes posible. Sabía que no estaba sonando creíble, pero me vi en la obligación de tranquilizarla, de ofrecerle mi ayuda, aunque en realidad me dio la impresión de que yo estaba más afectado que ella desde que me contó lo que estaba pasando.

Cuando colgué entré corriendo en la comisaría. Desde mi ordenador empecé a navegar por Internet. En unos minutos obtuve los billetes y solicité unos días de permiso.

He salido de Barajas en un avión de *Iberia* que despegaba a las seis de la mañana rumbo a Atenas. Una vez allí he empalmado con

otro vuelo doméstico hasta Heraklion, de la compañía *Aegean Airlines*. Aterricé en Atenas algo más tarde de las doce, con el tiempo justo para hacer el transbordo.

Vuelvo a cerrar los ojos. Hago un esfuerzo por relajarme. El periódico resbala lentamente de entre mis dedos, sin que me dé cuenta, hasta que cae al suelo emitiendo un ruido sordo, apenas perceptible entre el ronroneo del motor.

La maleta tarda una eternidad en aparecer por la oscura boca que vomita los equipajes de mi vuelo sobre la cinta transportadora. Cuando al fin la localizo estoy casi solo, y de un humor de perros. Al menos ya no siento los calambres; pero, después de casi cuarenta minutos observando ansioso los bultos abandonados que dan vueltas continuas por el camino de plástico negro, como locos en un manicomio, lo único que me apetece es golpear a alguien. Por fin puedo retirar mi equipaje de la cinta. Creo que mi maleta ha sido la última en aparecer. Camino nervioso hacia la salida. Me pregunto si Reiko habrá tenido la paciencia de esperarme todo este tiempo.

Sí. La reconozco nada más traspasar las puertas automáticas. Está apoyada en una columna, distraída, sin siquiera mirar hacia la salida de los pasajeros. Tiene la constitución física típica de las orientales, pero con un aspecto algo más andrógino del habitual: ojos rasgados, cutis muy terso, pelo corto, negro y lacio, delgadísima, casi sin formas que la definan como mujer. Lleva en las orejas unos auriculares de esos que se llevan ahora, inalámbricos y minúsculos. Me acerco a ella. Cuando la tengo a menos de un metro me parece alguien muy joven, casi una niña, aunque con un porte elegante, distinguido y misterioso. No es desde luego mi estilo, pero reconozco que es una chica con clase. Me dirijo a ella.

—¡Reiko! —le digo en voz alta, por si no me oye a causa de los auriculares.

Ella me mira sin ninguna sorpresa, sin apenas mover sus ojos, como si estuviera esperando que yo pronunciara su nombre en ese preciso instante.

—¡Hola, Alfonso! —me contesta mientras se quita los cascos, pero sin hacer ni el amago de darme la mano, y menos aún los dos besos en la cara de rigor para un hombre español—. Vamos al coche —me ordena.

Empieza a caminar con paso firme. Yo la sigo como si fuera su mascota. Lleva un vaquero negro muy ceñido a su culo plano, una blusa blanca, una chaqueta vaquera también negra y unas *Converse* blancas sin calcetines visibles. Parece una adolescente. Me cuesta seguirla mientras arrastro mi maleta, hasta que llegamos a un viejo *Citroën C3* de color azul celeste, lleno de polvo. Lo abre. Me señala la puerta del maletero para que yo me encargue de guardar en él mi equipaje. Luego se sube en silencio al asiento del conductor. Entro al coche por la otra puerta. Sigue sin dirigirme la palabra desde el primer saludo del aeropuerto. El vehículo está tan sucio por dentro como por fuera. Huele a humedad y a rancio. Me repugna. Siempre he sido muy escrupuloso con la limpieza del interior de los coches. Pero no digo nada. Salimos del recinto aeroportuario. El sol luce con fuerza, por lo que busco en mi mochila de viaje las gafas de sol. Me las pongo. Reiko está abstraída en la conducción, callada, como si estuviera sola.

—Hace buen tiempo, ¿no? —le digo por romper el silencio, mientras mis pupilas se habitúan a la luz cegadora de Creta. Ni me mira.

Me distraigo observando las pequeñas parcelas de terreno seco cuajadas de olivos y las casitas blancas que bordean la autovía por la que se abandona el aeropuerto internacional de La Canea, ubicado en una extraña península que da la sensación de haber sido

pegada a la isla por un gigante, como la cabeza quebrada de un muñeco de cerámica.

—Esto parece Andalucía —vuelvo a intentarlo.

—¿Tú sabes dónde estamos? —me pregunta ella de forma súbita, seca y prepotente, mirándome como si yo fuera discapacitado.

—Sí, más o menos —respondo un poco herido en mi orgullo—. Creta está como al sureste de Grecia, en el Mediterráneo, un poco al sur del Mar Egeo, ¿no?

—Bueno, no está mal —me contesta—. No eres tan asilvestrado como cree tu hermano.

—¡Vaya!, ¿eso va diciendo Santiago de mí? —protesto.

—No te equivoques —me mira de reojo—. Tu hermano te adora. Lo que pasa es que está convencido de que tú eres más hombre de acción que él, que eres más impulsivo, más de ejecutar cosas que de reflexionar sobre ellas.

—Ya... —le interrumpo. No me apetece empezar a hablar de este tema con ella. Parece saber bastantes cosas de mí mismo, mientras que para mí es una completa desconocida—. ¿Y qué tiene de especial esta jodida isla? —le pregunto solo por cambiar de tercio.

—Pues bastantes cosas —contesta sin pensar—. Por ejemplo, aquí perviven mitos muy antiguos. Es un lugar lleno de secretos y leyendas.

—¿Leyendas? —pregunto interesado.

—Sí. Ya las irás conociendo. Por ejemplo, dicen que cuando llevas aquí un tiempo y te sumerges en la Creta verdadera, la isla provoca alteraciones en tu conciencia.

—No entiendo. Háblame más clarito. Ya sabes que soy un asilvestrado —ironizo.

—Por ejemplo, crees estar en un lugar cuando estás realmente en otro, o a veces te parece estar viendo cosas del pasado, o incluso cosas que todavía no han ocurrido.

—Pues tú que llevas ya aquí más tiempo, podrías intentar ver dónde coño está mi hermano —le suelto con muy poco tacto. Ella me mira con rabia y se calla—. Perdona —acierto a decirle arrepentido. Agacho la cabeza.

Permanezco un rato en silencio. Intento concentrarme en el mundo que se mueve tras el cristal del coche, pero en realidad estoy pensando en lo bien que habla español esta japonesita. Al escucharla por teléfono nadie diría que se trata de una oriental. Ni acento tiene la jodida. Vuelvo a mirar por la ventanilla. El terreno parece bastante agreste. Apenas hay zonas llanas. Las lomas achatadas resplandecen levemente heridas por la luz violenta del atardecer. La vegetación es la típica del Mediterráneo, con abundancia de olivos, algunos cipreses y encinas. Aquí y allá se ven casitas muy blancas, aisladas en medio de pequeños terrenos agrícolas acotados por muretes de piedra. Hemos salido de la precaria autovía. Ahora la carretera es bastante estrecha. Necesita un parcheado como el comer. Atravesamos un par de pequeños pueblos solitarios en los que ni siquiera veo un bar. Durante unos minutos circulamos cerca de enormes acantilados. «Un sitio peculiar», pienso, mientras intento asimilar cómo un lugar tan rústico puede haber dado lugar a tantos secretos y leyendas, si tengo que creer lo que me ha dicho ella.

Me aburre la situación. Miro a Reiko, que tiene apoyada firmemente su espalda en el asiento, sin soltar en ningún momento el volante con sus dos manos. No parece que vaya a decir nada más, por lo que decido soltar una carga de profundidad.

—¿Cuándo piensas contarme los detalles de lo que ha pasado? —le pregunto a bocajarro.

Ella me mira con desgana.

—Ya te lo dije casi todo por teléfono —contesta.

—Bueno, me dijiste que Santi salió hace dos días a navegar, y que no volvió... Nada más.

—Es que hay poco más que añadir. Salió de casa antes de ayer a mediodía, conduciendo este mismo coche, hasta un puertecito del sur de la isla que se llama Agios Faulos. Allí suele alquilar una pequeña lancha de recreo en la que se echa a la mar un par de horas, cada dos o tres días. Ayer por la mañana el coche seguía allí, con las llaves puestas, pero la embarcación no había regresado al muelle —dice, mientras percibo un leve quiebro en su voz.

—¿Y su móvil? —le pregunto.

—En casa. Apagado. Ni siquiera se lo lleva cuando sale a navegar. Lejos de la costa no hay cobertura, y en la mayor parte de la isla tampoco.

—¿Lo has ojeado?

—No puedo. No me sé el código secreto.

—Ya. Supongo que habrás hablado con la Policía de aquí, o con alguien conocido, para que lo busquen, ¿no?

—Claro. Esa misma noche, como veía que no aparecía, llamé a Nykos, su mejor amigo en la asociación. Él se encargó de hablar con la *poli* y de movilizar la búsqueda. Desde entonces hablamos por teléfono cada cierto tiempo, pero hasta ahora sin ningún resultado. Él fue quien me llevó a Agios Faulos a buscar el coche.

—¿La asociación? —le pregunto extrañado.

—Sí, la Asociación de Amigos de los Iconos de Creta. Tiene un nombre en griego, pero nosotros la llamamos así para entendernos. Desde que llegamos se interesaron mucho en los trabajos de Santiago, y pusieron mucho interés en colaborar con nosotros. Nykos y tu hermano han terminado trabando cierta amistad. La verdad es que nos han ayudado a integrarnos, aunque... —noto que titubea.

—Aunque, ¿qué...? —le ayudo a continuar.

—Nada —me mira de reajo—. Es solo que a mí nunca me han caído muy bien, especialmente Nykos. Pero son cosas mías.